

**desde la
crítica •**

El poder, los fantasmas y los cuerpos. Políticas corporales y subjetivación en la transición chilena

Rodrigo Parrini Roses

Introducción: *set* de aparatos políticos para una transición en proceso: la banda presidencial.

Tal vez en estos momentos se llega en Chile al final de un proceso político y cultural que ha durado más de 18 años. Desde que se rechazó la continuidad de Pinochet en su cargo, hasta la elección, como primera presidenta mujer, de Michelle Bachelet, ha corrido mucha agua debajo de los puentes. Han sucedido muchas cosas, otras tantas han cambiado. Apenas transcurridas casi dos décadas, en muchos sentidos el país es diferente. Quizás enfrentamos una transformación cultural, de largo alcance y profunda, que redibujará parte de las coordenadas con las que se acostumbra pensar la sociedad chilena. Cuando Bachelet cruce la banda presidencial sobre su cuerpo, por primera vez en la historia republicana rodeará un cuerpo de mujer y no uno de hombre. Primer cambio de anatomía del poder, cuando no de los gestos; deslizamiento paulatino de los signos y de las pertenencias desde el vigoroso cuerpo del capitán general (Pinochet), sus desplantes agresivos y su énfasis guerrero, hasta las formas de una doctora, perseguida y exiliada, que en menos de cinco años se vio encumbrada al cargo más importante de la vida política nacional.

Nos detendremos en los intersticios de este cambio, para pensar un elemento ausente en la reflexión sobre la transición chilena y la democracia pospinochetista. El cuerpo es una dimensión analítica que permite reflexionar sobre ciertas tecnologías del poder. Ya no la que compromete a los partidos políticos, las élites, los pactos, los parlamentos, sus discusiones, las leyes y sus retruécanos. No ese poder ni ese análisis. Otro, que llamaremos *microfísico* (Foucault, 1987, 1988, 2002 y 2003), que atienda su corporalidad, sus rictus y sus desplazamientos. En contra de una lectura narrativa y secuencial, como la quieren los científicos políticos, proponemos otra que se detenga en sus discontinuidades y en sus silencios. No el poder de los pac-

tos, los acomodados y las certezas, sino que el de los errores, las desesperaciones, los entuertos y las resistencias. Las formas opacas del poder, sin fama ni gloria. Sordina discreta de la vida social entretejida por múltiples poderes, centrífugos y centrípetos, periféricos y centrales, objetivos y subjetivos, tecnológicos y emocionales. ¿Dónde se podría verificar su funcionamiento de modo más atento que en los cuerpos? ¿Qué resultado más patente tendrá su operación sino ciertas políticas corporales? Telón de fondo: nada ha cambiado tanto como dicen. No obstante el cambio de régimen, las tecnologías del poder que comenzaron a operar en tiempos de la dictadura militar, siguen vigentes de algún modo. Los cuerpos sometidos a disciplinas semejantes, las subjetividades trenzadas por hilos parecidos.

La banda presidencial, que en su circularidad refrenda el lazo social y cubre la exacta amplitud del cuerpo de la futura presidenta —como un objeto único, a la vez que común—, es contigua a los otros lazos, a las otras formas de atar y desatar, desde las amarras utilizadas por los torturadores hasta los delgados hilos de las prendas veraniegas, que apenas cubrirán a las adolescentes nacionales. Lazos, hilos, amarras. Políticas de uso y de desuso. La historia de las cintas, de los utensilios y adminículos. Transición de los *performances* y de las estéticas, que es tan relevante como la de los valores y las éticas. *Set* de aparatos políticos para una transición en proceso. Utilería del poder. Su semiótica parlanchina y rebuznante.

¿Puede ser relatado este proceso político, toda esta historia que a tantos enorgullece, y que enarbolan como ejemplo ramplón de sus propios olvidos, a partir del caso Spiniak,¹ sus fiestas, sus “sopas”, sus manjares, sus redes, sus contratos y sus deseos?; ¿qué nos permitiría eso? Señalar la encrucijada corporal del poder, su grado cero y su réplica exponencial. ¿No vivimos

¹ Caso policial muy bullado en Chile durante el año 2004. Claudio Spiniak era un exitoso empresario, divorciado y con varios hijos, que se vio envuelto en un escándalo de sexo, drogas y prostitución. Según la prensa, Spiniak organizaba fiestas con jóvenes populares que levantaba él, o alguno de sus colaboradores, en lugares asociados tradicionalmente con la prostitución masculina en Santiago. Las fiestas tenían, según la prensa, un perfil sadomasoquista. Varios videos dieron cuenta de sus aficiones. Se le acusó de violar a un menor, se habló de gente muerta durante los eventos y enterrada de modo secreto. Pero, tal vez el ingrediente más escandaloso fue la acusación que hicieron algunos de los involucrados en contra de connotados políticos de la derecha chilena, que habrían participado en las fiestas mencionadas. Fue famoso un preparado que bebía en sus fiestas, hecho con la orina y los excrementos de sus invitados: sopa Spiniak.

rodeados de fantasmas acaso? Los muertos, los desaparecidos, pero también los proyectos, las ideas, los programas. Todo un cúmulo de historias que sin continuar tampoco han terminado. Muchos de los que hoy operan el poder político formal son, tal vez, fantasmas de quienes fueron antes. Espectros para sí mismos, si se detienen a mirar sus propias biografías. El paradójico devenir de los espectros, que se traslapan en los muros y observan desde la lejanía, pero que alientan el miedo y la inquietud en el corazón mismo de los sujetos. Los olvidos, las señas, las evitaciones. Una pericia policial gigantesca que nos acorrala y nos advierte.

Tal vez lo propio de la nueva presidenta no es que sea mujer, como tantos y tantas se detienen a señalar, sino que sea un fantasma. Fantasma no porque sea menos cierta que el resto; al contrario: porque toda ella es producto de una historia social y política. Fantasma de carne y hueso, sin duda. Pero no lo es por decisión personal, ni es un atributo individual. Los fantasmas son creaciones colectivas y la sociedad chilena —es nuestra hipótesis— los ha creado insistentemente durante más de treinta años, una y otra vez. Ha creído que los puede exorcizar, pero nunca lo ha conseguido. Así como nadie puede cambiar un ápice de su biografía, por mucho que le duela o le moleste; ningún fantasma puede ser disuelto, por mucho que estorbe. Lo paradójico del fantasma es que emerge justo de lo tajante, de lo indesmentible, de la carne misma, para espectralizarlo todo con sus devaneos, con sus opacos límites, como su voluntad oscilante.

Tenemos entonces tres términos adyacentes. El poder, los cuerpos y los fantasmas. Como acontecimiento, una sucesión presidencial en ciernes. Un hombre le hará entrega de la banda tricolor a una mujer.² ¿No hablaba Foucault de la anátomo-política? He aquí su patentización. Anátomo-política de la diferencia sexual, que atraviesa los meandros del poder estatal. Algunos hechos colindantes, dispersos en el tiempo: un empresario detenido por violación de menores y proxenetismo, entre otros cargos. Luego, una multitud de hombres y mujeres desnudos en el Parque Forestal, deseosos de

² En términos estrictos, la ceremonia dispone que el presidente saliente le entregue la banda al presidente del Senado, que en esta ocasión será Eduardo Frei R., él mismo un ex presidente, y que éste se la ceda a la presidenta electa. El punto importante, en este caso, es que la banda pasa de un hombre a una mujer, a través de un hombre.

ser fotografiados.³ Más fantasmas, imágenes proyectadas, espectros. Más atrás, los cuerpos nunca encontrados de algunos/as ciudadanos/as. Repulsión, exposición y retención. Tres gestos diferenciales, pero engarzados. Lado B de la transición exitosa y consensuada. Se podrían sumar hechos y detalles, a la izquierda o a la derecha del sintagma anotado. No es necesario o no es el momento.

Los fantasmas: identidades periciales y corporalidad

Qué curiosa voluntad de desnudarse tuvieron los asistentes a la fotografía colectiva de Spencer Tunick. Qué extraño deseo de estar juntos desnudos y tendidos en el pavimento frío de un mes de junio. Qué afán extravagante de fotografiarse en masa, como un especie de contra-retrato, en el que no se puede recordar ningún rostro individual y que sólo conserva el gesto colectivo, la suma aterida de los cuerpos sobre un fondo gris.

Más extrañas todavía son las reacciones, los análisis y las conclusiones. Claro, ante cuerpos desnudos lo primero que se despliega es una pregunta moral. Forma de transgresión, gesto liberador, signo del cambio, epílogo de una larga crisis (moral). Todas respuestas de púlpito, en alguna medida. Pero, al contrario, la interrogante debe ser histórica: ¿no son los cuerpos exhibidos contiguos a los cuerpos desaparecidos?; ¿en esos cuerpos acostados en el suelo no existe una especie de cita a los cuerpos tendidos en el mismo suelo, para ser detenidos, a las afueras de la Moneda o en otros lugares del país, durante el golpe de estado de 1973? Transición corpóreo política, que parte de unos cuerpos tendidos hasta los otros. Tres décadas de pavimento y desnudos.

Los cuerpos que no se encuentran, que nunca se hallarán tal vez, aparecen aquí, obturados por su propia desnudez, que nunca es signo de transgresión, sino de desasosiego. Para existir hay que desnudarse. Recomponer el vínculo social mediante su simplificación máxima. Desenmascarar un

³ El 30 de junio del 2002, el fotógrafo Spencer Tunick, famoso por sus fotografías de multitudes desnudas en todo el mundo, realizó una de sus sesiones colectivas en Santiago. Asistieron cerca de 4 000 personas, que posaron desnudas frente al Museo de Bellas Artes, en una céntrica avenida de la ciudad que cruza el principal y más antiguo parque de Santiago. Este acontecimiento produjo un gran revuelo periodístico y en la opinión pública; además fue ampliamente analizado por todo tipo de intelectuales y académicos, entre otras voces.

proceso político y cultural con las máscaras de la carne. Mostrar para ocultar y viceversa.

Las preguntas se traslapan: el *¿dónde están?* es reemplazado, en una fría mañana de invierno, por un *¿quiénes somos?*.⁴ Los cuerpos ocultos se sustituyen por los exhibidos. La pregunta por el paradero es reemplazada por otra sobre la identidad.⁵ Cuerpos que en un gesto colectivo refrendan una inmensa necesidad de cobijo, que en su descaro reclaman algún sentido. Las motivaciones individuales no interesan, cada cual llegó con una intención y un afán. Lo que tal vez no consideraron, estos sujetos, es que los cuerpos se superponen en la historia y el gesto colectivo instaura una lectura política. Cada cuerpo, desnudo y ensimismado en sus propios derroteros, se vincula con los otros —desaparecidos—, tan reales y tan precisos como éstos, pero que nunca pudieron resolver su estatuto: cuerpos que están en tanto ausentes, ausencia que es, ante todo, corporal. Cuerpos que existen como liminares. Frontera aciaga entre la vida y la muerte, que es una línea de demarcación colectiva para el devenir de un país completo.

¿No nos atenaza la muerte acaso? Hemos presenciado un largo proceso para resolver este problema. En vano, pues una vez que los fantasmas llegan ya no se marchan. No se puede ahuyentar lo que no existe, pero tampoco se lo puede difuminar. Lo que existe en tanto no existente, o más bien, lo que no es nunca determinable, nunca asible, eso no se puede expulsar ni reintegrar. Veamos, el movimiento simbólico de la transición política se polariza entre dos partículas lingüísticas: un “re”, de re-conciliación, re-encuentro y re-novación; y un “ex”, de ex-pulsar, ex-cluir y ex-piar. Un movimiento de integración y de recomposición de las lealtades, de las simpatías, de los diálogos. Otro de exclusión y descomposición de los miedos, de los olvidos, de los rencores. Todo ha sido dicho en sordina, las buenas

⁴ *¿Dónde están?* era la pregunta que encabezaba las manifestaciones de los/as familiares de los/as detenidos/as-desaparecidos/as durante la dictadura chilena y, luego, durante los gobiernos democráticos.

⁵ “Mientras la banalidad sella la inteligencia, dice Sloterdijk, los hombres no se interesan por el lugar, que les parece algo dado; fijan su pensamiento en los fuegos fatuos que les rodean la cabeza en forma de nombres, identidades y negocios (...) **QUE COSA** los lleva a aferrarse a unidades de cálculo para males menores; los ambiciosos de los últimos tiempos ya no preguntan dónde están con tal de que se les permita siquiera ser alguien” (Sloterdijk, 2003:36).

intenciones se han adelantado, en cierto modo, a los procesos subjetivos. Obligados a perdonar, apurados para sonreír y negociar, la transición generó sus propios fantasmas, que penan y deambulan, que insisten. ¿Qué es des-aparecer? Secuencia de imágenes: la aparición de alguien, su rostro tangible, su talante. Su des-aparición: se esfuma la imagen, salvo para el recuerdo. Se portan fotos que hacen re-aparecer a los des-aparecidos. El gesto colectivo en el Parque Forestal se inserta en esta dinámica: re-aparecen los cuerpos, pero en su expresión mínima: desnudos. La foto debiera leerse como la imagen de un grupo de sobrevivientes, como esos que son fotografiados en los campos de concentración nazis, desnudos y delgados, sólo cuerpo tras los ojos y el hambre. Sobrevivientes que exponen ante los otros su existencia precaria y esfumada. Ritual póstumo para que aparezca lo oculto y regresen los espectros a su carne. Tal vez gesto desesperado para exorcizarlos. Pero fallido, sin duda, pues la imagen los ha des-aparecido a todos, a cada uno, para devolverlos como un solo rostro, como un solo cuerpo tangible, como una pura desnudez invadida. Porque para aparecer fue necesaria la obturación de un ojo. El mismo ojo que, en algún sentido, vio a los que des-aparecieron. Un movimiento y el otro necesitan de esta mirada para constituirse. El reclamo exige, por un lado, volver a mirar lo que se retuvo y apartó de mal modo; por otro, que se vea lo que no ha sido observado. Se va desnudo hasta la mirada del otro, para que devuelva un reflejo, para que otorgue una ontología. En un caso, la mirada obstruida no permite la muerte, la desliza y la desplaza. En otro, otorga la vida, quizás dona el mismo cuerpo a los que la incitan y la propician.

Hay algo paradójico, porque en ambos casos es tanto la ausencia del cuerpo, como su exceso, lo que organiza la mirada y el proceso político. Cuerpos que des-aparecen y cuerpos que re-aparecen. Miradas soslayadas o atentas. Hay un saber que siempre se reclama al otro (¿o debiéramos decir al Otro?). El otro que sabe en demasía, pero que lo niega o lo oculta. El otro que sabe también en exceso, pero que no desconoce su saber, sino que lo facilita. Y dicho saber se escarba: éste es el gesto desesperado de la transición, su fenomenal y gigantesco acto fallido. Se escarba la tierra para encontrar huesos, el cuerpo se reconstituye como una pieza forense. Cuerpo del delito, pero no sólo del delito específico y detallable, sino del delito histórico. Huesos en un caso, garantía de un cuerpo, que reencuentra su identidad en sus códigos genéticos. ADN de la barbarie: ¿no se negó sistemáticamente que los des-aparecidos lo estuvieran realmente, **no se los hacía viajando,**

conspirando, mintiendo⁶ ? Claro, luego sólo sus huesos, y ni siquiera eso. Nada. Identidad primero del dolor, reclamo primario de que lo sucedido hubiese realmente pasado. Attendamos: ¿no es ésta una siniestra operación del vínculo entre saber y poder? Saber que se niega a sí mismo para verificar un poder. Poder tan obtuso, tan redundante, que oculta sus propios gestos, esparciendo su culpa sobre unos huesos.

Copia y tumba, eso ya estaba anunciado en el Himno Nacional —“Es la copia feliz del Edén/o la tumba serás de los libres”— especie de destino aciago para un país completo. Los huesos no son sino una copia del cuerpo, su réplica anatómica. Es necesaria una mediación científica —de nuevo el saber— para que los huesos se constituyan en cuerpos y los cuerpos en identidades. Pero también es una copia del cuerpo su propia desnudez fotografiada: en su transparencia desplaza su constitución social, intenta borrar mediante la exposición sus propias máscaras. Si los des-aparecidos aparecen mediante unos huesos sometidos a un procedimiento forense, los santiaguinos desnudos lo hacen mediante la piel desnuda. En ambos casos, una superficie a la que se le otorga profundidad tecnológicamente: mediante el peritaje químico o mediante la obturación de un lente.

Copia y tumba. Réplica de sí mismo que invade al *original*. Ficción republicana sobre un origen común y un destino colectivo. ¿Son los cuerpos tendidos sobre el pavimento, posando para una lente, réplicas de aquellos otros acostados en calidad de detenidos?; ¿los que *aparecen* son las copias de los que han *desaparecidos*? No hay original, eso es claro. Ficción de un origen, sí. Máscaras que intentan posar como rostros, mentiras que permutan en verdades; valores, guerras, voluntades. Nietzsche en el horizonte. El original fue arrebatado por la muerte, que se traslapa sobre los desnudos y sobre los huesos. Exponiendo a unos y a otros, delimitándolos. Entre la copia y la copia, entre réplica y réplica, entre máscara y máscara, se ordena la repetición, como peligro y como sustento del fantasma. Regresa y regresa,

⁶ El régimen negó sistemáticamente la existencia de detenidos-desaparecidos y adjudicaba las denuncias a una conspiración internacional en su contra. Asimismo, la mayor parte de los medios de comunicación durante la dictadura reprodujeron y repitieron insistentemente la versión oficial. El diario *El Mercurio*, vinculado a los sectores de la derecha política y al empresariado, defendió hasta finales de los años ochenta dicha versión. Ciertos sectores recalitrantes del pinochetismo aún hoy la sostienen.

insiste e insiste. Tal vez toda la cantaleta sobre “no volver a repetir los errores del pasado” y modificar el curso de la historia definitivamente, se levanta sobre ese temor a que todo, efectivamente, se repita; de que todo vuelva a suceder de algún modo tal como ha sido temido y evitado. Esta es la exquisita venganza de los fantasmas. ¿No es el pasado entero una repetición delicada y astuta?; ¿no es la historia el relato de dicha repetición, su cronograma y su nodriza? “No volver a repetir los errores del pasado”, consigna que moralmente se denomina *re-conciliación*. Pero, ¿qué se puede re-conciliar?; ¿la copia con su copia?; ¿la muerte con la muerte?; ¿los huesos con las identidades?; ¿los des-aparecidos con los aparecidos?; ¿los vivos con los muertos? Los pavimentos, superficies de una identidad nacional y de un destino colectivo, la fría disposición del cemento, la gris coloración del concreto. Cuerpos tendidos. Un gesto colectivo que se repite: tenderse en el pavimento, como signo inconfundible de la derrota. En 1973, derrota de un proyecto político y de un proceso histórico; en el 2002, derrota de la reconciliación, descalabro del acuerdo subyacente a la transición. Nada, por supuesto, enunciado, ni planificado, ni siquiera buscado. Pero el desnudo colectivo de miles de personas nos develó a todos, y a todas, como sobrevivientes. En muchos sentidos como huesos. Identidades periciales.

Los gobiernos pospinochetistas han tenido un cierto afán por la historia. Patricio Aylwin constituye la Comisión de Verdad y Reconciliación,⁷ Ricardo Lagos la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura.⁸ Positivos, ambos, para sentar una cierta verdad sobre la historia, que se podía contar por partes: primero, la verdad general del proceso histórico y las más graves violaciones de los derechos humanos; luego, ya no los muertos, sino los torturados, la verdad particular del sufrimiento. Primero la violencia radical y supresiva sobre los cuerpos: fusilamientos, degollamientos, lanzamientos al mar. Luego, la violencia específica y represiva: golpes,

⁷ Comisión creada bajo el primer gobierno democrático, luego de la dictadura, en 1990. Dicha Comisión emitió un informe que le fue entregado al presidente y luego publicado, en el que se detallan “las más graves violaciones a los derechos humanos”, cometidas en Chile.

⁸ La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura fue instaurada por el presidente Ricardo Lagos en agosto del 2003. Si la Comisión anterior buscaba esclarecer los delitos ocurridos en contra de personas ya muertas, producto de esos mismos delitos, la nueva atendía a las violaciones a los derechos humanos de personas vivas, como la tortura y la prisión política.

electricidad, ahogamiento, despedazamientos. Y un largo etcétera de horrores. ¿No queda claro que la dictadura, toda ella y en toda su extensión, fue siempre un proyecto corporal, un gran programa para los cuerpos, una gigantesca ortopedia?

Ninguno ha tenido mayor afán historicista que el gobierno de Lagos. No sólo la Comisión mencionada, sino que la nueva edición de la Constitución Política con la firma del primer mandatario, y luego su anuncio severo: “la transición política ha terminado”. Qué hermosa disposición para relatar con voz propia lo que apenas puede relatarse. Qué generosa tendencia a permitir una historia para lo que recién se esboza. Verdades, documentos, finales. Un presidente archivista. Sus gestos y sus papeles; sus olvidos y sus silencios. Treinta años del golpe de estado, otro filón de la historia, volver a la puerta por donde salía el presidente bombardeado, poner flores en los escondrijos del dolor y la pérdida. Estatuas, memoriales, conferencias, coloquios, discursos. Una gigantesca producción de verdad. Pero, también, un enorme escozor, una rapidez sospechosa por *de-terminarlo* todo, por darlo todo por finiquitado. Afán narrativo, deseo imperioso de verdad y claridad. Verdad y narración: enormes dispositivos para establecer un acuerdo, para sellar la especulación, para delimitar los sufrimientos. Tecnologías parlanchinas —testimonios, entrevistas, relatos, narraciones, descripciones, recuerdos, citas, divagaciones, informes, libros...— para sustentar el silencio. Porque los huesos son eso: un persistente silencio, una opaca mudez. Ni siquiera son objetos. Trozos de nuestra propia mirada, meandros de una desesperación colectiva. ¿No se debe suponer que aquellos, y aquellas que desaparecieron, nunca podrán aparecer?; ¿no se debe entender que el gesto de des-aparecer no tiene arreglo, no puede ser corregido? Ni siquiera los huesos, tampoco las identidades. El gesto político de des-aparecer a alguien imposibilita cualquier reparación en su propio despliegue. Nunca hubo reconciliación posible. Salvo para los relatos y las verdades compartidas. Para el sentido común político y para las necesidades estratégicas de una transición vigilada.

Y es esto lo que escenifican los cuerpos en el Parque Forestal, entre los edificios estilo francés y el esmog. Aparecen para anunciar, y enunciar, que todo un régimen de los cuerpos ha sido trastornado. Que una vez des-aparecidos algunos, todos los otros han perdido sustento. Curiosa masa silenciosa de partes pudendas, gorduras y pelos. Curiosa aglomeración de intimidades en medio de la calle. Extraño afán expositivo entre tanta desnudez. Porque también des-aparecieron las identidades. No se crea que los

cuerpos no tienen, a veces, densos sentidos y espesos significados. ¿No puede cada quien contar su propia versión de la historia?; ¿no se puede narrar interesadamente un periodo histórico, desnudo sobre el pavimento? Mejor aún: ¿no es posible contar una historia mediante el silencio? No hubo reconciliación posible porque lo que se pedía re-conciliar era i-rreconciliable desde su inicio. Pero también, porque los procedimientos retóricos y verbales de la re-conciliación eran disjuntos con las operaciones físicas de lo que se había des-conciliado. Los enunciados no podían cubrir los golpes, las identidades no alcanzaban a cobijar los cuerpos, el dolor no podía ser resuelto por el sentido. Entonces, dos formas de operar y de gestualizar: el desnudo y el silencio. El gesto colectivo ante la lente de Tunick. Tenía que ser un estadounidense, sin duda. La historia obliga.

Si no hay re-conciliación, tampoco hay pacto. La capacidad de generar un sentido colectivo mediante ciertas operaciones performativas ha sido clausurada. Primero: ¿cómo suponer que hubo conciliación en algún momento, a la que habría que retornar mediante un esfuerzo político? Segundo: ¿cómo se re-concilia lo que ya no está, cuando el acuerdo social, cualquiera que fuera, se lanzó al mar o se encuentra en calidad de huesos? Digamos: reconciliación de los fantasmas con los vivos, de los sufrimientos con las necesidades, de la memoria con la urgencia. Pero, ¿se puede uno reconciliar con los fantasmas, con sus fantasmas? El padre de Hamlet deambula pidiendo venganza y conmina a su hijo para que la ejecute, para que restaure el orden que el asesinato ha trastornado. El gesto del padre, vuelto desde el *más allá* para cumplir con su desvarío, es también la pérdida del hijo. Una desgracia se pliega a la otra. El fantasma es políticamente paradójico, puesto que anuncia los acomodos, los acuerdos y los olvidos, a la vez que impide cualquier solución. He ahí su venganza. He ahí el fulminante gesto que nos devora.

Los cuerpos: burgueses y proletarios

Claudio Spiniak es un gran operador del poder. Una especie de Marqués de Sade, aunque más tonto, con menos gusto y menos imaginativo. Pero, como el aristócrata dieciochesco, anclado en el goce del poder, transitando por todas las separaciones y distancias, para conseguir un poco de goce. Replicándose a sí mismo, durante años, para poder esbozar una subjetividad. Aterido, fragmentado y lúcido, Spiniak cruza la delicada geografía santiaguina desde Vitacura, y todas sus pretensiones primermundistas, hasta la Plaza de Armas y su lumpen. Cruza con plena conciencia de que

ese viaje lo hará gozar, cuando levante mozalbetes populares para sus fiestas. Toda la parafernalia de clase que conocía el Marqués. Todos los artefactos de diferenciación social, que en sí mismos son un gran arnés sadomasoquista. Los golpes, las promesas de un calor que sube, el sudor de las **poblaciones**, el olor de los pobres. La masculinidad aterida del lumpen. Ya es larga la historia. Spiniak lector de Nicomedes Guzmán y de Baldomero Lillo.

Tal vez, otra hipótesis de las discontinuidades, con Spiniak termina la transición. Fin paradójico, pues él, sus sopas y sus gustos, el escándalo y sus acomodados, devela que la verdadera matriz subjetiva chilena es la experiencia dictatorial. Pinochet y su gesto severo, su esposa rechoncha, sus colaboradores adustos. El drástico gesto de la derecha chilena, de dientes rechinantes y rosarios temblorosos. ¿No es la dictadura una gran escena sádica? Volvemos a repetirlo: gran proyecto corporal de disciplinamiento. *Anátomo-política* de la desaparición —esta versión del poder siempre actúa sobre los cuerpos individuales—, *biopoder* de la represión masiva⁹ —esta otra, lo hace sobre poblaciones **completas**¹⁰—. Spiniak se limita a gozar la escena, le saca el máximo provecho a los procedimientos colectivos. Muchachos, droga, sexo, golpes, sopas nauseabundas. Él es un empresario: contrata mano de obra sexual barata, tiene intermediarios que traen la “mercancía” hasta sus lujosas residencias.

¿Por qué tanto espanto ante lo que el distinguido señor hacía en sus fiestas? Todo el caso Spiniak cabe, como un capítulo moderado y algo soso, dentro del Informe sobre la Tortura. Ahí sí que abundan las exquisiteces.

⁹ Estos conceptos hay que usarlos con prudencia en el caso de la dictadura chilena. En ella se intercepta un poder soberano con otro productivo, en términos de Foucault, de modo que tanto se decide sobre la muerte de los ciudadanos como se promueve una cierta orientación para su vida. Bio-poder que opera sobre un poder tanático: se elimina a la vez que se disciplina.

¹⁰ La ambivalencia de los términos nos conduce por los meandros infinitos del poder. *Poblaciones* son los grandes grupos humanos que nacen con las primeras ciencias médicas y demográficas. Grupos identificables y delimitables, de los que se podían conocer sus procesos y sus conductas. Pero *poblaciones* son también, en el contexto chileno, las grandes aglomeraciones urbanas de pobres. La dictadura cruza ambos términos, por ejemplo, en la expulsión masiva de pobladores desde los barrios más acomodados a las periferias de las ciudades, especialmente Santiago. Biopoder y disciplina. Pero también soberanía y diferenciación social.

Ahí sí que hay refinamiento. Saber cómo hacer sufrir a los otros, cómo descoyuntar sus cuerpos, requiere de bastante imaginación, de entrenamiento y de voluntad. Spiniak pequeño aprendiz de la DINA,¹¹ difuso imitador de sus procedimientos, gozador extravagante de las nuevas prácticas, de los nuevos usos políticos.

Los cuerpos desnudos del Parque Forestal han sido remitidos a un cierto gesto moral. ¡Qué más se podría esperar!. Los cuerpos del caso Spiniak¹² han sido reconducidos por el sendero de la patología. Dos deslindes: unos se desnudan por ansiosos y reprimidos; otros se revuelcan por perversos. Pero insistamos: ambos gestos, estas dos historias tan distintas, son acontecimientos¹³ de una cierta política. Acontecimientos invertidos de una trama general y compuesta. Vimos que los cuerpos desnudos nos señalaban a todos como sobrevivientes, como fantasmas de una historia de desapariciones variadas y permanentes. Los cuerpos del caso Spiniak nos anotan a todos, como citas risibles y momentáneas, en el Informe sobre la Tortura.¹⁴ El procedimiento común es creer que lo que se relata y lee es una suma de historias individuales. Pero si asumimos estos relatos como las viñetas de un poder, como su narración secreta y nocturna, entonces lo que tenemos es la historia de un devenir colectivo. Aquí podríamos encontrar una pista para esa temprana vinculación de ciertos políticos con las costumbres del empresario y sus divertimentos. No era un asunto de responsabilidades individuales, su tono no era jurídico. La culpa que se les atribuía era, más

¹¹ Dirección Nacional de Inteligencia, organización creada durante los primeros días de la dictadura pinochetista para detener, torturar y asesinar a los opositores al régimen de facto. Estaba formada por militares y civiles. Gran parte de las más graves violaciones a los derechos humanos cometidas bajo la dictadura fueron de su responsabilidad y aún hoy se procesa judicialmente a algunos de sus integrantes.

¹² ¿Acaso hay algo más que cuerpos en esta historia? La única identidad, nuevamente, es la del señor rico y desviado, sólo él tiene rostro y biografía, lamentable, pero propia.

¹³ Uso la noción de "acontecimiento" en un sentido foucaultiano. Véase Deleuze 1987.

¹⁴ En este razonamiento, el orden temporal de los hechos no es tan relevante como su contigüidad política. Hablamos del Informe, pero la escena es el aparato de represión y maltrato sistemático de los opositores. Faltan muchas cosas por contar. Esta historia recién empieza a esbozarse. ¿Qué pasará cuando se haga un informe sobre la represión masiva y generalizada durante los protestas contra la dictadura pinochetista?; ¿qué historia se construirá con la actuación de los medios de comunicación y el uso sistemático de la mentira, que es coadyacente al uso sistemático de la represión violenta contra los opositores?; ¿cuál será la historia de la transformación económica, la libertad sindical y la explotación generalizada?

bien, mítica. Políticos claramente pinochetistas: ¿no formaban parte, ellos también, del Informe mencionado? Claro, no habían torturado a nadie: sus culpas, sus responsabilidades, eran de otro tipo. Míticamente figuraron como culpables. Míticamente no han podido expurgar sus culpas.

Otra vez los fantasmas. Rechinan los dientes, porque se cuelan por donde no debieran. No se les puede desmentir. Se ríen de los escándalos. Spiniak relata los hechos, hace méritos de sus aficiones. Cuenta una historia de caída, de esas que tanto le gustan a las almas moralizadoras. Drogas, sexo y rocanrol. Nada más. Un especie de Rolling Stones mediocre y pasmado.¹⁵ La pregunta no es por qué sucede todo lo que Spiniak descubre. La pregunta es: ¿por qué el escándalo?; ¿qué olvido tan poderoso permite esta especie de inocencia de melodrama? Tal vez, Spiniak sin el Informe sobre la Tortura habría sido un mero “degenerado” que hacía de las suyas hasta que le cayó la ley. Todo se paga en esta vida, manda la sabiduría popular. Pero con el Informe, Spiniak se transforma en un acontecimiento. Él representa una operación del poder, que si genera escándalo, no es por los gestos del proxeneta, sino que más bien por los procedimientos de las instituciones. Spiniak, lo hemos dicho, sólo se limita a gozar de todo esto, a sacarle provecho a toda esta parafernalia. Conduce hasta su cuerpo y el de sus compañeros esta microfísica violenta que se inicia con la dictadura. Microfísica mortífera y apabullante.

Dijimos que Spiniak es un remedo de un Marqués de Sade, tardío y opaco. La comparación podría ser fácil y conducir, nuevamente, hasta la literatura o la patología. Nada más lejos de nuestras intenciones. Si señalamos esta cercanía es para destacar que Spiniak organiza su placer, como los libertinos sadianos, crea una estructura, ocupa una tecnología. Forma su propia buro-

¹⁵ El trayecto de Spiniak es inverso al de Bachelet. Si ella parte desde la derrota, mediante su esfuerzo consigue una reivindicación; en cambio, él parte del éxito y mediante el desenfreno logra un castigo. En algún sentido, ambos son fábulas morales. La mujer sufrida y trabajadora, el hombre dilapidador y escandaloso. Historias de cimas y de abismos. Toda una topología moral que se entrecruza con estas vidas, que les da forma y la delimita. En este sentido, ambos —Bachelet y Spiniak— son fantasmas. No obstante, representan fantasmáticas diferenciadas. La nueva presidenta escenifica su historia y la plasma en un proyecto colectivo: fantasmática de las deudas pendientes, de los recuerdos suspendidos. El empresario sadiano, representa su goce, pero para sí mismo; construye una escena privada para sus desvaríos, que sólo casualmente se hace pública. Detrás de Spiniak no hay nadie, sólo él y sus urgencias. Tras Bachelet se agolpan multitudes, no sólo de ciudadanos/as enfervorizados/as, sino de fantasmas sorprendidos, de “almas” que reclaman una justificación para sus penas.

cracia para el desenfreno. Sus prácticas son un modelo de acuerdo funcional. “Pongamos un poco de orden en nuestros placeres, dice la Dalbène, pues sólo se goza de ellos cuando se definen con exactitud” (citado en Barthes, 1997: 38). Sólo se goza de ellos “cuando se definen con exactitud”, cuando se los organiza y se los cronometra, cuando se comprometen funciones y deberes. Digamos, burocracia paralela a la que supuso la DINA, un orden funcional para la muerte. Destacamentos, oficinas, jerarquías, tareas, etc. Un aparato aceitado de represión. Una tecnología. Disciplina. Además, la erótica violenta que esgrime Spiniak la inauguran ellos, como instrumento de poder, como forma y relación de poder. Poder y sexo. ¿Para quiénes, en qué angelicales cabezas, uno y otro estaban tan separados, como caras opuestas? Deleuze y Guattari (1985 y 1988) señalan que mientras la sexualidad y la economía se analicen por separado, estaremos sólo divirtiéndonos. La lectura, al contrario, debe explorar la inmanencia del deseo en un cuerpo social, atravesado por todas las relaciones sociales posibles y por todos los extravíos. Ellos mismos anotan que el lenguaje no es más que un conjunto de consignas, que se declaman, que se obligan, que imperan sobre los sujetos. Primero, un campo social atravesado por el deseo, luego un lenguaje organizado en consignas. Otra vez Spiniak, su burocracia y sus acuerdos económicos, sus peticiones y sus deberes. Sexo controlado e intencional. Otra vez la DINA, sus procedimientos sexuales de tortura, sus amenazas, su acoso.

Pinochet es un político meritario. **Tal vez el que más**, aunque cueste reconocerlo. ¿Quién puede crear e imponer toda una forma de disciplinamiento y de subjetivación, mediante un ejercicio detallado y preciso del poder?; ¿quién, si no un político realmente meritario, crea una erótica? Muy pocos, casi nadie. Compáresele con el sponcio concertacionista, sus buenas intenciones y sus sueños castos. Pinochet sigue una línea que fue inaugurada por los gobiernos fascistas europeos, cuando toda una forma de administrar y organizar el deseo devino tarea burocrática, cuando una erótica se interceptó con una tanática de modo preciso. Antes ya lo estuvo, no era primera vez, pero fue original la organización que se ejecuta, la burocracia que se crea, los planes que se preparan. El orden con que todo esto se hace. La dedicación y el afán por la muerte.¹⁶

¹⁶ Esto es lo que sorprende a Arendt de Eichmann y su caso. La banalidad de sus justificaciones y la precisión de sus acciones, el orden con el que actúa, su meticulosidad (Arendt, 1999).

Pero atendamos a que Spiniak representa la operación inversa con respecto a los ciudadanos desnudos para ser fotografiados. Ellos piden libertad, él exige goce. Ellos se exhiben, él se oculta. Ambas son operaciones que suceden en los cuerpos y sobre ellos. Tanto Spiniak como las multitudes desnudas se remiten, en último término, a sus cuerpos y al de los otros, para cumplir con sus motivos y sus deseos. En tanto operaciones políticas, la escena sadomasoquista y la exhibitoria, son operaciones corporales. Todo un discurso sobre las identidades, los deseos, las clases sociales, los gustos, la pudibundez y el desenfreno se inscribe en los cuerpos. Voz carnal del discurso. Matiz parlante de los cuerpos. Pero cada uno dice algo sin pronunciar palabra. Sólo exhiben u ocultan, sólo se tienden o golpean, sólo esperan o se difuminan. El silencio y los cuerpos. Grado cero de la corporalidad política, una vez extremadas todas las formas de disciplinamiento, una vez recibidas todas las humillaciones y transidos todos los dolores. Los expectantes modelos de una fotografía anónima y los inciertos obreros de un acto sexual gigantesco, también colectivo. Fornicación con la historia, con la tenue memoria de un país y sus vástagos. Enorme aparato sexual de subjetivación y corporalidad. Encarnación de todos los destinos y de todas las desgracias.

Foucault se rascaría la panza. Lo dijo hace treinta años: la sexualidad es un dispositivo que reúne de modo contingente elementos dispersos, que aglutina sobre sí deseos, cuerpos, identidades, fábulas, patologías, monstruosidades y virtudes. Gran diagrama de lo que debemos ser y de lo que seremos de modo más enfático. No podía imaginar que dicho dispositivo engazaría toda una historia, reuniendo lo que estaba disperso, proclamando una erótica del poder, del olvido y de la sangre. Cuerpos tendidos en las calles, dos momentos; cuerpos que ejecutan una pantomimia deseante. Dos hilos: una hebra pública que concita el debate y el análisis, otra privada que genera escándalo y asco.

El poder: los lazos de sangre

Hemos hablado de fantasmas, de cuerpos, de goces, de exhibiciones, de procedimientos. Mencionamos una anátomo-política y un bio-poder. Señalamos, también, que algo inaugurado durante la dictadura no había experimentado modificaciones: toda una tecnología de subjetivación y de disciplinamiento, todo un acomodo de los cuerpos. Una ortopedia colectiva de la sumisión y el acatamiento. Violenta, cruda, despiadada. Llegamos hasta dos acontecimientos: el desnudo masivo para una foto y el desenfreno

de un empresario. Actos sexuales y semióticos. Actos de una palabra en muchos sentidos obliterada. Discurso silente de los cuerpos.

Un tercer acontecimiento fue indicado al principio. La banda presidencial que atravesaría el cuerpo de una mujer. Cambio de mando en el Palacio. Lazos, de eso hablamos. Cuerpos enredados para fotografiarse, cuerpos atados para gozar, cuerpos enlazados para suceder en el poder. Cuerpos amarrados para la tortura. Los análisis proceden como si cada cosa fuera distinta, como si no tuviesen ninguna relación entre sí, o sólo relaciones casuales, anecdóticas. Nosotros afirmamos una relación política. Política de los lazos sociales en sus diversas manifestaciones. Pero también un vínculo erótico-social, que va desde las bandas presidenciales hasta las amarras de la DINA, pasando por el desnudo colectivo y los placeres de Spiniak. Aquí se puede descifrar la transición, como un oráculo velado a la vez que vacío. No intentamos dar cuenta de todo el proceso y sus detalles. Sólo de sus traspies, de sus imposibilidades. Conjurar un optimismo bobalicón con ciertos hechos indesmentibles. Transformar a la transición toda en un acontecimiento foucaultiano y quitarle sus heraldos a los políticos, a los que siempre hablan, a los que creen tener todo en sus manos, bajo su poder. Si el lazo que nos une, en este proceso paradójico de transitar desde las estrictas delimitaciones de una dictadura a las imprecisas connotaciones de un régimen en ciernes, es un lazo de sangre, entonces, estamos vinculados, atados, por la violencia y por la muerte. Por eso hablamos de fantasmas, habitantes privilegiados de los espacios liminares, de los territorios indefinidos y oscilantes.

Un ex presidente señala que la verdadera reconciliación ocurrirá cuando la generación de quienes participaron de la Unidad Popular y el golpe de estado haya muerto. Tiene razón. Las reconciliaciones siempre son asunto del *más allá*, siempre atributo de los muertos. Pero no ha considerado que si esto es así, la historia nacional, sus vericuetos y sus resignificaciones, será una historia de fantasmas. ¿Y si sucediera que cuando todos los involucrados hayan muerto, justo en ese momento, dicha generación alcanzara su verdadero poder? Una generación de fantasmas adoloridos y desconcertados es de temerse. Retornarán de la muerte, ya lo están haciendo, para saldar deudas: con ellos mismos, con sus vidas, con otros, con el país completo, en alguna medida. La historia, ciencia de los fantasmas que se niegan a desaparecer. Así como cada cual retorna a su propia ceguera, a su íntimo vacío, para reclamar sentido, orden, futuro. Retorna tendiéndose en el suelo, desnudándose. Retorna desgarrando a los cuerpos, golpeándolos.

Retorno siempre violento, que imagina un origen, un punto de partida, una explicación perentoria.

Pero lo doloroso es que no hay origen, ni punto de partida. No hay explicación. Por eso los actos son mudos, por eso se le pide al cuerpo que hable por nosotros. Por eso se esboza una política corporal para las desgracias. Cualquier esfuerzo por delimitar un origen será una tapadera de boca, una forma de acallar y de soslayar. Un ejercicio pudibundo para evitar las náuseas. Y cuando se le pide al cuerpo que hable, sea tendiéndose o contorsionándose, cuando se hace esto, sólo se encuentra un silencio más profundo. Sabemos que los fantasmas no tienen cuerpo: su virtud y su desasosiego. Por eso atraviesan las paredes, cruzan la historia, revuelven los archivos. Por eso van y vuelven. Están y no están. Los fantasmas, pero también los cuerpos que hemos mencionado, desdibujados por su impotencia, ensombrecidos por sus afanes.

“Lazos de sangre”. Eso dijimos. Metáfora de las confluencias de una historia, pero también del vínculo familiar. La chillona ideología familiar chilena, esa voz altisonante que nos define a todos como una familia, que insiste en su importancia, que jura su permanencia. Lazos de sangre mitológicos y atávicos. La sangre: ¿por qué la sangre? Aquí se intercepta el orden familiar querido, la república familiar soñada, con la historia violenta. Sangre que refrenda a ambos. Lazo imposible, dijimos. No se pueden enlazar los fantasmas. Por eso es necesario salir corriendo para tenderse en el piso o buscar afanosamente la brutalidad para gozar. Porque no hay lazo, porque el vínculo es ficticio. Tan ficticio que la cantaleta del destino común, de la comunidad nacional, de la identidad precisa se repite una y otra vez, purgando las dudas, temerosa de los resquicios.

Bachelet, en su primer discurso como presidenta,¹⁷ ha dicho que ella representa el “reencuentro entre los chilenos”. Ella es el lazo que vuelve a unir a los que estaban dispersos, que vincula a quienes se distanciaron. A casi cuatro décadas de los hechos iniciales, ella cierra el trayecto y permite que se escriba otra historia. Tal vez ése es su encanto: que pueda ser quien cicatrice las heridas, disipe los miedos y morigere los rencores. Al inicio de este artículo dijimos que ella era un fantasma exactamente por su excesiva

¹⁷ Empecé a escribir este artículo antes de la sucesión presidencial y lo finalicé después de ella. He dejado este trayecto en el texto.

historicidad. Toda ella producto de una determinada encrucijada histórica, asentada en la desgracia de muchos —de ella misma—. Esa es su fantasmalidad, no podría ser quien es si no fuera por estas coordenadas. No podría haber ganado si esta historia no la persiguiera, definiéndola por completo. Por eso puede decir que simboliza algo, porque está trasunta de historia y todos pueden leerse a sí mismos, de modo específico, en ella. Copia de la copia, como lo es Chile entero del Edén. Réplica de la réplica. El horizonte no ha dejado de ser la dictadura, como el gran acontecimiento, como la gigantesca máquina, como el verdadero crisol de las subjetividades, de las historias, de los símbolos, de los destinos. ¿Hacia dónde se transita?; ¿qué trayecto se recorre ahora? La unidad nacional, la prosperidad de la patria, el bienestar de los ciudadanos. La igualdad social, la modernidad cultural. Un tránsito opaco que se afana en cortar los lazos con un pasado funesto y tender otros hacia el futuro. El Bicentenario se asoma. Doscientos años de un estado, la fértil República.

Bachelet, la gente desnuda, Spiniak y sus fiestas, los políticos escandalizados, la banda presidencial. La historia como una Medusa fragmentada que congela a todos aquellos que se atreven a mirarla. Como la esposa de Lot, Chile avanza sin mirar, pero sólo pensando en lo que ha quedado atrás, en lo que se clausura para sus ojos. Como la esposa de Lot, es inevitable que vuelva la cabeza y mire, y que al mirar se petrifique. ¿Qué sucederá cuando se vean estos lazos de sangre, ya no como Informes, sino como una pieza fundamental para la biografía de cualquier chileno o chilena?; ¿qué sucederá cuando tornemos los ojos y veamos lo que ha sucedido, lo que hemos dejado tras de nosotros?; ¿y si de pronto reconociéramos que lo abandonado está “dentro” de nosotros mismos, como una especie de demiurgo aciago que nos acorrala? No es el rostro de los otros, no sólo eso, sino que nuestro propio rostro es el que nos puede devolver una imagen funesta. Sucederá como con la Medusa: se la ve una vez y ya no puede contarse.¹⁸

¹⁸ El olvido ha sido una de las posiciones, tal vez la hegemónica, que ha predominado ante el proceso histórico reciente. Olvido que se difumina tras ciertos informes y el gesto historizante que ya hemos referido. No obstante, no es la única posición ante esta historia. Ha habido diversas formas de construir una memoria, que acá no consideramos. Hemos analizado sólo esta forma hegemónica, la versión oficial y publicitaria. Las otras, requieren de análisis específicos, pero sospechamos que son modos cotidianos y particulares; micromemorias, por así llamarlas. No tienen foro, más que los comentarios

Los ojos, esos que vieron a los santiaguinos desnudarse y tenderse. Los mismos que observaron las fiestas de Spiniak, sus aficiones. Ojos que encontraron huesos y que los auscultaron. Ojos que ven una banda traspasarse de un cuerpo a otro, de una anatomía a otra, para refrendar un cúmulo de lazos, de ataduras, de amarras, de sogas. Una cordelería para el futuro y para el pasado. Un dispositivo de miradas para una transición política que oculta sus partes pudendas y exhibe las honorables. La *vista gorda* de muchos, que sabiendo hicieron como si no supieran. Todas estas retracciones son el alimento de los fantasmas. Tal vez debiéramos agregar que en medio del escándalo político que produjo el caso Spiniak, surgió una voz del *más allá* que le advertía a un connotado jerarca del principal partido de la derecha chilena, que todo era un complot, una trama funesta.¹⁹ Un fantasma, voz de ultratumba, las advertencias del ideólogo de la dictadura, de su Constitución Política, que de pronto irrumpe para precaver a sus discípulos de los peligros que la misma historia les ha tendido. Una voz mítica para una culpa mítica. Como síntoma, como alucinación, sólo refrenda la culpa que se intenta negar. Un fantasma les avisa a todos que desde el *más allá* se dirigen aún los destinos de la patria; que la política es escatológica y trascendente. Un fantasma que viene a corroborar la espectralización generalizada de la sociedad chilena, su fantasmalización progresiva, sus tenues gestos para construir un discurso que atempere la muerte, aunque sea desnudándose o amarrándose. El cuerpo, voz silente para un sentido colapsado. Y luego, el futuro en vez de la historia. Pero el futuro es una versión ideologizada del pasado, purgada de sus detalles y de sus trapiés. Si nada se puede encontrar en lo sucedido, si los huesos deben declamar una identidad química y los cuerpos una ética gris, a ras del suelo, si todo eso no se puede soslayar, porque regresa por todas partes, si insiste aunque se le desconozca, es porque estamos anclados en la negación y en el olvido, en la morigeración de los hechos y de los gestos. Incapaces de señalar con claridad las responsabilidades, somnolientos entre tanto perdón y tanta insistencia. Acorralados por los fantasmas, sobrevivientes de nuestros propios remedos ●

y los recuerdos. Quizás una manifestación importante se vincula con el arte. Pero dejamos pendientes estos análisis, por ahora.

¹⁹ Pablo Longueira, en ese entonces presidente de la Unión Demócrata Independiente (UDI), el principal partido de la derecha chilena y defensor tenaz de la "obra" de la dictadura, señaló, en medio del escándalo generado por la vinculación de algunos de sus colegas con el caso Spiniak, que Jaime Guzmán, fundador de dicho partido (asesinado en 1991 por un comando armado), le había "hablado" para advertirle que todo era un complot en contra de su organización.

Bibliografía

- Arendt, Hannah, 1999, *Eichmann en Jerusalen. Un estudio sobre la banalidad del mal*, trad. Carlos Ribalta Lumen, Barcelona.
- Barthes, Roland, 1987, *Sade, Fourier, Loyola*, trad. Alicia Martorell Cátedra, Madrid.
- Deleuze, Gilles, 1987, *Foucault*, trad. José Vázquez P., Paidós, México.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix, 1988, *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, trad. José Vázquez Pérez con Umbelina Larraceleta, Pre-Textos, Valencia..
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix, 1985, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. Francisco Monge, Paidós, Barcelona.
- Foucault, Michel, 1987, *La microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.
- Foucault, Michel, 1988, "El sujeto y el poder", en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y las hermenéutica*, trad. Corina de Iturbe Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Foucault, Michel, 1989, *La historia de la sexualidad. La voluntad de saber, Volumen I*, trad. de Ulises Guiñazú, Siglo XXI, México.
- Foucault, Michel, 2002, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, trad. de Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica, México.
- Foucault, Michel, 2003, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, trad. de Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, México.
- Sloterdijk, Peter, 2003, *Esferas I Burbujas. Microesferología*, Siruela, Madrid.